

LA PROTESTA DE 1912

Y EL PASTO DE 1917

AYER desembarcaron en Santiago de Cuba mil seiscientos infantes del Ejército de los Estados Unidos; cuatro compañías, al mando del Coronel Shouer, destinadas a la región oriental, y tres, comandadas por el Mayor Halford, a Camagüey. Estas fuerzas recorrieron la ciudad (no sabemos si a tambor batiente) y los Coroneles y Mayores, en hermosísimos caballos de Kentucky, lucían sus largas y brillantes espadas. El pueblo no acudió a presenciar el desfile. Las puertas cerradas. Y los corazones entristecidos. El Gobierno anunció, en el mes de Julio, que vendrían tropas americanas, con objeto de hacer prácticas militares, y ponerse en condiciones de ir a Europa a derrotar a las huestes del Kaiser. Mil seiscientos soldados con práctica militar serían, en Europa, contra Alemania, una gota de agua, en el océano, a través de las borrascas. La opinión entiende que el Ejército extranjero que ayer puso la planta en nuestro territorio, trae solamente el propósito de proteger la zafra, en nombre de los intereses americanos en ella comprendidos, y evitar posibles revueltas que dañarían a esos intereses. Ambos Gobiernos, el de Cuba y el de Washington, así parecen haberlo convenido. Y la más poderosa fuente de riqueza cubana, estará, en lo adelante, a la sombra de una bandera que no es la de Cuba, y garantiza por brazos que no son brazos cubanos. El pueblo oriental cumplió sus deberes patrióticos no regando de flores las cabezas de los soldados amigos. Porque las flores, de sus manos, se hubiesen clavado en las puntas de las bayonetas extranjeras; y esto es, a la vista, un símbolo conturbador, que añade el alma de las pequeñas naciones privadas de libertad. De antiguo se predica, entre nosotros, el desamor a la independencia. Y no es raro que escape al criterio público el riesgo de estas amistosas, tranquilas, calladas invasiones. No obstante, el país recela; y los patriotas contemplan con angustia la marcha de las tropas americanas por nuestro suelo. Se ha querido inculcar al pueblo la idea de la "libertad" sin la "nacionalidad". Pero, el pueblo, instintivamente, la rechaza. Porque sabe, por experiencia, que sólo ha sido libre cuando ha mantenido limpia y pura su soberanía nacional. Nunca fué más noblemente libre y grande la República de Cuba, ni más respetada por los poderes de la tierra, que cuando circuló, por todas las cancillerías del mundo, aquella enérgica protesta de Manuel Sanguily, suscripta por el Presidente Gómez, en días de guerra y de incendio, y dirigida al Presidente Taft: "Me comunica el Secretario de Estado de este Gobierno que ha recibido una nota del Sr. Ministro de los Estados Unidos en esta ciudad, participándole que el Gobierno que usted preside ha ordenado el envío de un

cañonero a la bahía de Nipe, y la concentración de una fuerza naval en Cayo Hueso en anticipación de posibles eventualidades; así como en el evento de inhabilidad o fracaso de este Gobierno para proteger la vida y la propiedad de ciudadanos americanos, desembarcarán en el territorio cubano fuerzas de los Estados Unidos para la necesaria protección de aquéllos, añadiendo que estas medidas no deben ser consideradas específicamente como una intervención; pero como en realidad no parecen otra cosa y el desenvolvimiento natural de los sucesos, una vez desembarcadas esas tropas extranjeras acentuaría aquel carácter, es mi deber advertir a usted que una resolución de esta especie tan grave, alarma y lastima el sentimiento de un pueblo amante y celoso de su independencia, sobre todo cuando, ni tales medidas se deciden por previo acuerdo entre ambos gobiernos, lo que coloca al de Cuba en numillante inferioridad por el olvido de sus derechos nacionales, acarreado el consiguiente descrédito, dentro y fuera del país; ni tampoco se justifica la acción del Gobierno americano, ni el mismo ni ningún otro en circunstancias análogas hubieran desplegado, como lo ha hecho el de Cuba, tan extraordinaria actividad en la movilización y en las operaciones, siendo como es evidente que en sólo cuatro días ha acumulado más de tres mil hombres de fuerzas regulares sobre los alzados, enviándolas desde Occidente a Oriente por tierra y por mar, y que en corto tiempo ha limpiado toda la Isla, con la excepción de un limitado territorio oriental, de partidas armadas, al extremo de no existir ya ninguna que haga frente, ni en Pinar del Río, ni en esta provincia, ni en Santa Clara, donde aparecieron algunas de ellas que fueron castigadas y desbandadas; y cuando, por otra parte, ha levantado el espíritu público, ha repartido para la defensa de fincas y poblados más de nueve mil rifles con su correspondiente dotación de pertrechos y se prepara a inundar de patriotas combatientes y de soldados la relativamente estrecha zona a que se ha reducido a los alzados, siendo realmente asombroso el hecho de que hasta el presente, ningún ingenio ha suspendido sus trabajos. Acudo a usted, pues, como amigo leal de Cuba y respetuoso de sus derechos, para que con razón serena y elevación de ánimo aprecie los datos expuestos, seguro de que abrigará la convicción de que este Gobierno es muy capaz y suficiente, apoyado en el valor y el patriotismo de su pueblo, de aniquilar a unos cuantos desgraciados, sin razón y sin bandera. Si usted aprecia debidamente estos hechos, se apresurará sin duda a reconocer que no es un Gobierno amigo quien, acaso por prevención injustificada, debe precipitarse en contribuir al desprestigio de un Gobierno y de un pueblo, como los de Cuba, colocados, es cierto, en condiciones difíciles, aunque no superiores a sus medios, su patriotismo y su corazón".

Actualmente, no está perturbado, en Cuba, el orden público; no hay "desgraciados, sin razón y sin bandera, a quienes perseguir y aniquilar; los campos reverdecen y las grandes fábricas azucareras agitan ya sus inmensas muelas trituradoras; y si algún peligro amenaza a la industria, no es el descontento político, la furiosa pugna de los bandos, ni siquiera el debate de la legitimidad, sino el designio de los Estados Unidos de imponer, a nuestros productos, un tipo de venta, que resultara ruinoso, y las constantes medidas del Dictador Hoover, que hacen temblar, en zozobra sin tregua, a los hacendados y agricultores de Cuba. Pero, a nuestro entender, el problema del Gobierno cubano, en este caso, tiene sus factores de complicación en los días en que tropas extranjeras batieron a insurgentes cubanos, y la autoridad moral, que reclamaba intacta Sanguily en 1912, fué comprometida, en 1917, al dar las gracias, el Sr. Desvernine, al Ministro Gonzáles, por las famosas allocuciones al pueblo de Cuba que él no gobernara, aunque su ilustre padre hubiese vertido, por hacerlo independiente, la primera gota de sangre nortiva. La diplomacia "intervencionista", desde entonces, comenzó a tejer sus redes, en torno del Gobierno, y de hecho quedamos en las condiciones políticas, de incommensurable desprestigio internacional, que quiso impedir, e impidió, en momentos más arduos, acaso, la patriótica previsión de Sanguily. "No es verdad que los Estados Unidos—escribía el Presidente Roosevelt a Mr. Root, en una carta leída por este insigne Secretario de Estado, en un banquete conmemorativo del segundo aniversario de nuestra Independencia—; no es verdad que los Estados Unidos abriguen proyectos relativos a otras naciones como no sea por su prosperidad. Todo cuanto deseamos es ver a todos los países vecinos, estables, con orden, y prósperos. Todo país que se conduzca bien puede contar con nuestra cordial amistad. La nación que demuestre saber portarse con decencia en asuntos industriales y políticos, que mantenga el orden y pague sus obligaciones, no tiene que temer la intervención de los Estados Unidos. El mal comportamiento brutal, o la impotencia que se traduce en la relajación de los lazos de toda sociedad civilizada, tal vez exijan que un pueblo civilizado intervenga, y en el hemisferio occidental los Estados Unidos no pueden prescindir de su deber". Y esta doctrina, que, en el orden de los principios, condenaba el Presidente Wilson para no entrar con sus tropas en México, ha sido aplicada, por su Gobierno, a pueblos más débiles, como Santo Domingo, y a pueblos que han sabido siempre defender sus derechos, ordenados, trabajadores y "decentes", como el de Cuba. Doctrina o práctica a tal extremo injusta, que el hijo de Henry George le hace este ilustre comentario que todos los norteamericanos debieran leer, meditar y madurar.

y que nunca debemos nosotros perder de vista: "¿Quién ha de decir lo que conviene al bien de otras naciones? ¿Quién ha de juzgar lo que constituya "la decencia en los asuntos políticos e industriales", "el mal comportamiento brutal", "la impotencia" y la "relajación de los lazos de una sociedad civilizada". Ciertamente que a las repúblicas meridionales no se les ha preguntado su parecer sobre el particular; en vez de hacerlo, se les ha dicho secamente que tienen que someterse al nuestro. ¿Acaso la tiranía es menor porque se ejerza en nombre de la civilización y de la asimilación bien intencionada?" Los intereses que respalda la política intervencionista no razonan de esta suerte; y es por ellos que se realiza la agresividad diplomática de los Estados Unidos. Aunque el Gobierno de Cuba acepte en peligro nuestra "decencia en los asuntos políticos e industriales", nosotros afirmamos que ése no es el pensamiento de la República de Cuba, que no ha sido consultada en plebiscito. El Trust del Asfalto, actuó, en Venezuela, ha pocos años, en forma opresiva, con el apoyo del gobierno de Washington; y en pro de la funesta Compañía de Mejoramiento de Santo Domingo, establecida en Nueva York, se echaron los cimientos de la conquista en la tierra desventurada en donde reposan los verdaderos restos de Colón. Tómese por apasionado nuestro criterio. El celo patriótico, la desesperanza, la fibra nativa, hablan por nosotros. Pero no se entenderá que iguales sentimientos perturban el espíritu del economista americano a quien acabamos de citar. Es él, pues, quien tiene

la palabra: "El interés principal tomado en consideración fué el de la Compañía de Mejoramiento de Santo Domingo, de Nueva York, y el de otros acreedores americanos, y, en segundo término, el de acreedores semejantes en Europa. Además se dijo que, reconociendo el Presidente Morales la inestabilidad de los gobiernos dominicanos, y deseoso de asegurar su propia permanencia en el gobierno, había buscado la protección del gobierno de los Estados Unidos, pues, según el artículo Séptimo del Protocolo, el Gobierno de los Estados Unidos, "a instancias del Gobierno Dominicano, tenía que conservar el "orden" allí". En otras palabras, observaba el "New York Evening Post", Morales puede tranquilamente licenciar su ejército y echar sobre nosotros la carga de tener a raya a los conspiradores e incendiarios dominicanos". Y no es otro, que éste, el camino a donde impulsa a Cuba el influjo del Trust del Azúcar, en las difíciles circunstancias de nuestra realidad.

No queremos ahondar, por hoy, nuestro juicio de la situación creada en el país, por el desembarco de tropas extranjeras. Nos limitamos a presentar los datos; y a confesar el profundo desasosiego de nuestro espíritu. Pero no se escapará a la opinión cubana el comprender cuan grave es, para la República, desmontar la maquinaria de la Constitución en la hora de tener, en el territorio de la patria, soldados extranjeros; y qué funesto será para nosotros, en tan amargo trance, el desequilibrio económico y social de los monopolios que atan al pueblo la coyunda de todas las esclavitudes...

La Nación
 oct 21/917.

